

## **Sindicalismo revolucionario, nacionalismo populista<sup>1</sup>**

Un Estado central que no controla las regiones

Carlos Toranzo Roca\*

En un país donde no hay partidos políticos, ni en el Gobierno ni en la oposición, donde buena parte de las instituciones han sido debilitadas o desmontadas por el propio Gobierno. En una situación en la cual el Presidente de la República es el jefe máximo del MAS, —hay quienes dicen que es dueño del partido por el excesivo poder que posee—, pues no hay estructura partidaria; en un marco en que Evo Morales es, a la vez, Secretario General de las cinco Federaciones de Cocaleros del Trópico de Cochabamba. En un contexto en que la voz, en que los discursos del Presidente, son la línea del partido y deben ser formalizados después como programa, como conducta partidaria. En una situación de este tipo, está muy claro que el poder depende del líder, del caudillo del MAS. Esta organización debe acomodarse a lo que afirme o decida el Jefe del MAS y Presidente de la República. Los demás poderes de los líderes o autoridades del MAS, desde el poder del Vicepresidente, senadores, diputados, ministros, dependen o son derivados de la nominación y decisión de Evo Morales; él da , y él quita. Estamos ante una circunstancia en que para el MAS, y para su jefe no importan las entidades, ni la partidaria, ni las instituciones de la democracia. Es el jefe quien se relaciona directamente con las bases sindicales, en especial con los sindicatos cocaleros y las dirigencias y asambleas de los movimientos sociales, a ellas “consulta” qué hacer o qué decidir, en realidad, les informa lo que hará y lo que ya hizo, para después aseverar que las decisiones fueron tomadas por las bases. Es el Presidente quien regala directamente los cheques venezolanos, a los municipios, sindicatos, vecinos o militares, sin reparar en las normas de la Contraloría de la República y sin inscribir esos dineros en ningún presupuesto público. Un gobierno de este tipo se acerca más a las democracias delegativas o democracias plebiscitarias, tan clásicas de los viejos populismos nacionalistas de América Latina.

En efecto, su gobierno está muy en línea de los viejos populismos que no reparaban en las instituciones, sino en el poder del líder, hablamos de un populismo que reparte el excedente, en especial, apuntando a sus clientelas; pero nos remitimos a un populismo nacionalista, en el cual está muy presente la idea antiimperialista y las de las nacionalizaciones. Y como en el pasado, existe un puente de alianza con sectores nacionalistas de las FFAA. Es paradójico cómo en la democracia que creó Bolivia, alejando o echando a las dictaduras militares, sea ahora un gobierno popular quien le abra las puertas de la política a los militares, pero, en esto copia hechos históricos en los cuales, en la década de los 40 y 50 del siglo XX, hubo una alianza expresa entre sectores nacionalistas, civiles y militares.

Pero, en Evo Morales está presente la tradición del sindicalismo revolucionario, de ése que se cree partido y desea hacer la revolución, pero de un sindicalismo que, en la práctica, sólo vivió la experiencia de la Revolución Nacional de 1952, de una revolución que desplegó el populismo nacionalista, que construyó un Estado populista, reafirmando las ideas del

---

<sup>1</sup> Publicado en: La Razón, Bolivia, 25 de abril de 2008. Tomado de: [http://www.la-razon.com/versiones/20080425\\_006253/nota\\_264\\_584774.htm](http://www.la-razon.com/versiones/20080425_006253/nota_264_584774.htm)

Estado empresario, del antiimperialismo y del control estratégico de la economía por parte del Estado y de las nacionalizaciones de las empresas privadas. Es ése exactamente el libreto que hoy repite el presidente Morales. Nos referimos a un nacionalismo revolucionario que estuvo muy imbricado al sindicalismo revolucionario, a un sindicalismo de líder y caudillo fuerte —como lo fue Juan Lechín Oquendo líder de los mineros, de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB) y de la Central Obrera Boliviana (COB), desde la década de los 40 hasta los 80 del siglo XX—. Hablamos de un sindicalismo donde todo se definía en asamblea sindical, donde el líder máximo “bajaba” a las bases para consultar qué hacer, y actuar en consecuencia, cuando en realidad sólo legitimaba con las bases las decisiones ya tomadas por el caudillo. Es de ese sindicalismo del cual proviene Morales y sigue sus conductas, pues el sindicalismo cocalero se hizo a la usanza del sindicalismo minero. Es ésta la influencia política más grande que posee el MAS.

Es claro que en el MAS reaparecieron viejos dirigentes de organizaciones políticas y sindicales marxistas, de ellos emerge un débil y difícil discurso socializante, que no tiene mucha cabida en el partido, ni en la línea básica de Morales; son ellos quienes hablan del desmontaje del capitalismo, pero no saben si hacerlo o no, o cómo hacerlo. Más fuerte que el influjo marxista, es el ingreso a última hora en el MAS de los discursos e ideas indigenistas, de éstas que sugieren el desmontaje del neocolonialismo y saldar cuentas por 500 años de opresión. Estas ideas son muy importantes para la creación del discurso de legitimación del MAS, para generar una imagen de inclusión social y de ofrecer al mundo y a las cooperaciones internacionales una idea de revolución indígena —en un país de mayoría mestiza—, que en realidad no existe, pues lo central de las políticas públicas del MAS viene de las orientaciones del nacionalismo revolucionario, tratando de reeditar lo hecho en la Revolución de 1952.

Una vez llegado al poder, Morales ofreció al país gabinetes ministeriales donde generó una revolución democrática de élites, nuevas caras están en el poder y son parte de las nuevas élites políticas de Bolivia. Junto a ese paso democrático progresivo, el MAS nos muestra una cara regresiva, la del reparto abiertamente clientelar del poder. Si antes los partidos se “cuoteaban” el poder y la administración pública, ahora lo hace el MAS favoreciendo a las dirigencias de sindicatos, de vecinos, de cocaleros, de cooperativistas mineros, de movimientos sociales, de las ONG cercanas al régimen. Si en el pasado se “cuoteaba” el poder cuidando algunas formas, y mirando algo de la meritocracia, ahora para el MAS parece no existir necesidad del cuidado de esas formas, además del rechazo que posee por la meritocracia porque la entiende como una costumbre “occidental”. El resultado de tener a militantes en el manejo del poder, a gente sin experiencia para administrar las competencias que les toca dirigir, es una gran ineficacia del aparato estatal que, claro está, erosiona la legitimidad del régimen.

Respecto de las coaliciones sociales o políticas que soportan al régimen, se debe aclarar que una cuestión es quiénes votaron por Morales en diciembre del 2005 y, otra muy distinta, es quiénes son ahora la base de apoyo de su gobierno. En diciembre del 2005 votaron por el MAS, campesinos, sectores urbanos populares, vecinos, indígenas, clases medias pobres, clases medias molestas contra el sistema de partidos, clases medias que deseaban “que se vayan todos”, profesionales de las ONG, profesionales de origen popular, pequeños y micro

empresarios. Es decir que votó mucha gente que deseaba cambio, tanto del modelo económico como del modelo político basado en partidos clientelares y prebendales.

Simultáneamente a las elecciones generales se produjo la elección de prefectos. El MAS ganó prefecturas en Oruro, Potosí, Chuquisaca; pero, perdió en Santa Cruz, Tarija, Beni, Pando, Cochabamba e inclusive en el bastión del MAS, en La Paz. Este dato importa mucho, pues la votación a favor del MAS para las elecciones generales se concentró en el occidente del país, en La Paz, Oruro y Potosí. La oposición fue más fuerte en Santa Cruz, Tarija, Beni y Pando. Qué pasó en las regiones en estos dos años. En las elecciones para asambleístas de julio del 2006, ganó el MAS la mayoría absoluta en todo el país. En el Referéndum sobre autonomías departamentales, en cuatro departamentos ganó el Sí. En enero del 2006 el MAS trató de echar por la fuerza, usando a sus movimientos sociales, al Prefecto de Cochabamba, pero obtuvo un rechazo total de la población urbana, la cual ahora se inclina por avanzar a la autonomía. En el año, el MAS llevó a Sucre, a campesinos de varias partes del país, intentó cercar Sucre, para “facilitar” que en la Asamblea Constituyente el MAS se reúna solo. Todo esto inclinó a Chuquisaca urbana a pelear por la autonomía. Mientras tanto, Potosí, no por razones políticas, sino económicas, trata de avanzar también a las autonomías. Es decir que, en términos regionales, el MAS sólo posee apoyo en La Paz, Oruro y Potosí, los otros seis departamentos rechazan la política del MAS. En un ambiente de debilitamiento del Estado y de desinstitucionalización, se puede advertir que el MAS es dueño el Estado central, pero de un Estado que se va vaciando, es dueño de un Estado que no es acatado en seis de los nueve departamentos del país.

\* Carlos Toranzo Roca es director de Tiempo Político.